

también del pueblo antes que del oficio. Pero al abandonar el cargo, no consiguió abandonar simultáneamente las pasioncillas de campanario que la lucha había levantado en él. Los rencores causados por las ofensas, el sentimiento de su superioridad intelectual, desconocida ó despreciada por personas incultas y villanas, habíanle, por decirlo así, fermentado en el corazón, y le habían formado un fondo duradero de acrimonia, que él procuraba, por todos los medios posibles, ocultar, sin lograrlo, ya con un silencio que le abrasaba, ya con burlas, que le denunciaban más claramente que las invectivas. En los nueve meses que pasaba en Turín, entre los quehaceres y los estudios, con el comercio de ideas de una sociedad alta, donde su ingenio y su ciencia le proporcionaban vivas satisfacciones de amor propio, olvidaba el pueblo y á sus adversarios, se avergonzaba y se reía, con toda su alma, de los ruines sinsabores que había pasado entre aquellas cuatro casas, en la estación transcurrida, y le parecía que al volver continuaría riéndose como en la ciudad. Pero cuando regresaba, después de algunos días de indiferencia y de desprecio hacia las cosas y hacia los hombres, volviendo á ver aquellas caras, tornando á oír aquellos discursos, y casi solamente respirando aquel aire, tornaba, á pesar suyo, á pensar en las cosas y en los hombres, á recordar todos los incidentes de la guerra que se le había movido, á resentirse de todos los pinchazos de que se había reído, á sentir vivas todas las pasioncillas molestas y vergonzosas que consideraba muertas. Irresistiblemente, poco á poco, empequeñeció de inteligencia y de corazón—aún teniendo de este fenómeno conciencia clara y perfectísima—á la medida de la gente y de las pasiones que lo rodeaban. Y ya no conseguía nada, al cabo de una semana, con vivir solo; obscurecíanse sus estudios ó su inteligencia, su orgullo estallaba; le era menester mezclarse con la gente para discutir sus pequeñeces, para pinchar y ser pinchado, para humillar y ser humillado, para roerse el alma de despecho al ver cómo la superioridad de su talento y de su cultura se estrellaba tan miserablemente contra la co-  
raza diamantina de la vanidosa y tosca ignorancia, sin

valerle ni admiración, ni respeto, ni simpatía. La rabia le hacía á veces desatarse en malas razones, de las cuales se arrepentía después y se acusaba entre los suyos; hacíale cometer groserías de persona mal educada y llevar á cabo niñerías, de las que después se avergonzaba. Su amor propio llegaba á tal grado de sobreexcitación, que la más insignificante victoria, de hecho ó de palabra, la menor aspereza, la más ligera sonrisa ó muestra de indiferencia de aquellas gentes rústicas, le tenían nervioso una semana. De todas estas cosas se resentía, en aquellos tres meses de veranear, su manera de discurrir, que se inclinaba á un pesimismo, si no completamente negro, gris obscuro, aún en aquellas cosas con respecto á las cuales era en Turín menos inclinado á pensar mal; y hasta en sus mejores momentos solía dejarse arrastrar á cierta censura burlona, no solamente para desahogar su ánimo, sino también por una costumbre perezosa de la mente, de mirar todas las cosas por un solo lado; costumbre que sólo allí adquiría, como si fuese el influjo acumulado de los torpes cerebros entre los cuales había relegado el suyo. Regresando luego á Turín, á la terminación del estío, saturado de bilioso desprecio hacia los rurales, divertía durante un mes, á la sociedad, con toda clase de anécdotas, de chascarrillos, de epigramas, á costa de los de Altarana, excitándose él con la alegría de hallarse en su elemento y jurando no dejarse ver por aquellas tierras al año siguiente. Pero arrepentíase de su juramento cuando, algunos meses después, cualquiera de esas humillaciones que en la vida de las grandes poblaciones son inevitables para quien tiene ambición y quiere brillar, venía á recordarle, embelleciéndolo en su espíritu, el aspecto de aquel rinconcito agreste en el que, si hubiese querido, habría logrado vivir solitario y tranquilo. Era, en una palabra, uno de tantos burgueses de hoy día, vacilante en sus principios, antes dirigido por su bondad que por su conciencia, que alternativamente aceptan las iras y las aspiraciones demagógicas cuando se sienten molestados ú ofendidos por los hombres de su misma clase, ó recuperan el orgullo y las ideas aristocráticas cuando se rozan contra la

ruda corteza del pueblo, desahogándose en ambas partes, juntamente con los otros despechados; aunque sin estar nunca muy seguros de perseverar por mucho tiempo en las mismas opiniones. De este modo estaba organizado, por desgracia suya, el abogado Samis, adornado en todo lo demás de cualidades muy estimables; su conversación no era casi nunca otra cosa que una serie de párrafos de maledicencia y de crítica; fuera de lo cual, parecía como si no hallase manera ni forma de expresarse, ni aún para demostrar la más franca de sus alegrías.

Emilio frecuentó su casa. Experimentó una satisfacción dulce la primera vez que se vió en aquel saloncito elegante adornado con acuarelas y con libros raros, en presencia de una señora entrada ya en años y de aspecto muy agradable, que sabía escoger con exquisita gracia asuntos en los que adivinaba que el maestro tendría materia y modo para hablar bien, preguntándole muy frecuentemente acerca de la índole y de las costumbres de los niños, con aquella curiosidad cariñosa, nunca nublada con la sombra de los desengaños, que sienten por la infancia las señoras que no tienen hijos; tanto en la conversación de esta señora como en la de su marido, cuidábase Emilio de aprender todos los días alguna de esas infinitas cosas que no penetran en nuestra mente sino por conducto del oído, como los sonidos de palabras inesperadas. Las pocas personas de la colonia veraniega que el maestro encontraba allí, se conducían con él lo mismo que los amos de la casa, y también á ellos agradecía el joven muy sinceramente el modo de pronunciar la palabra «maestro» concisamente y con seriedad, como habría podido decir «teniente», con una entonación indefinible, que aún cuando pudiera ser afectada por cortesía y no espontánea, lisonjeaba el sentimiento de su dignidad. También éstos mostraban experimentar placer verdadero oyendo las sátiras del abogado, tanto más cuanto con más exaltación lanzaba paradojas; y muy á menudo le sacaban de sus casillas por el gusto de oírle; pero á Emilio le parecía que siempre expresaba verdades incontestables, á las que asentía de todo corazón. Agradóle, sobre todo, cierta noche en que uno

de los amigos le presentó un número de la «Gaceta Piamontesa», en el que se hablaba de un banquete celebrado en el próximo pueblo de Azzorno, en honor del diputado del distrito, y se decía que, á la terminación, una niña de las escuelas, colocada de pie en la mesa, había recitado una poesía larguísima, escrita en loor del diputado por uno de los más influyentes electores. El abogado sonrió con cierta sorna, la cual era siempre el prelude de alguna sátira. Efectivamente, se desató contra la costumbre establecida de servirse de los niños para halagar la vanidad de los personajes con recitación de poesías ó de prosas escritas adrede. Era una cosa que le repugnaba. «A los alcaldes, á los ministros, á los diputados, á los Principes, decía, á todos aquellos de quienes se espera ó se solicita algo, se les lame ahora los zapatos con la lengua de los niños, según la moda última. Lo cual, en vez de ser una porquería, son dos juntas, porque obligan á llevarla á cabo á inocentes que no comprenden el significado de lo que dicen ni las segundas intenciones de los que se lo hacen decir. ¡Por Dios, tengan ustedes al menos el más fácil de todos los valores, que es el valor de la lisonja! ¡Qué bajeza ser los mandatarios de la adulación! ¡Y coger los cómplices de esa bajeza en los bancos de las escuelas infantiles y de las clases elementales, en que se pretende educar los caracteres para ser dignos! No comprendo cómo esos personajes que se oyen dar en sus mismas barbas los títulos de ilustres y de grandes por la boca de un niño adiestrado «ad hoc», lo mismo que se amaestran los monos para servir los dulces en una bandeja, pueden permanecer oyéndolos con la cabeza alta y no les tapan la boca ruborizándose como hacen las madres con el rapazuelo de seis años cuando repite alguna obscenidad que oyó á una prostituta en la calle. Eso es la prostitución de la infancia, el envilecimiento de la escuela. Si fuera yo ministro de Instrucción pública, lo prohibiría como se prohíbe al comercio de estampas indecentes.»

Discutía en otra ocasión con uno de la colonia veraniega, el cual, en són de burla, echaba en cara al Concejo y á él mismo, con los otros, que el cura había

comenzado de nuevo á disponer la fiesta de la Patrona del pueblo con disparos de tracas ó petardos, á pesar de que en el año anterior habian ocurrido algunas desgracias.—Son ustedes, dijo el amigo, un montón de liberalotes que tiene la sartén por el mango y se dejan poner la ley por el reverendo.—¿Y por qué no? le preguntó el abogado algo resentido. Ustedes, los volterianos de las ciudades grandes, que no conociendo los pueblos no conocen al cura, creen, porque se escapan á su influencia en medio de trescientos mil ciudadanos, que nosotros podemos evitarlo también en medio de un rebaño de lugareños. No comprenden ustedes que aquí el sacerdote, operando en un campo reducido, actúa sobre todos y es poderoso de todas maneras; si es malo, porque puede hacer daño á todos; si es bueno, porque á todos puede hacer bien; y en las ciudades no ven ustedes ni lo malo ni lo bueno de sus acciones. Después, porque hay en las ciudades dos terceras partes de indiferentes en materias religiosas, toman ustedes los dos tercios de veinte millones, y piensan tener la cuenta de todo el país. ¡Qué despropósito! Como cuando dicen ustedes: «Tal hecho ó cual libro dará un gran golpe á la superstición...» ¡como si fuera cosa fácil desarraigar ideas que han llegado á la conciencia humana á través de diez y ocho siglos de creencias y de pasiones! Creen ustedes hallarse á la cabeza de un ejército de jinetes por que mirando en rededor suyo sólo gente de á caballo alcanzan á ver; pero esa gente no es más que la vanguardia, amigos míos: el ejército se compone de infantes y de bagajes. Galopen ustedes, no obstante, ciudadanos; el pueblecillo, la aldea, que es el país, llegará cuando pueda... Pero entre tanto protege á frailes y monjas de las Ordenes suprimidas, conserva las fiestas abolidas, viola el calendario escolar, obliga á los maestros á oír misa, deja mangonear y dominar á los curas en las escuelas, se burla de la ley; en el matrimonio religioso, en los sepelios, en las herencias, en la administración, en todo lo que le conviene ó le agrada. ¡Si ustedes supiesen el efecto que producen aquí algunas de sus frases: «¡El pueblo siente... el pueblo cree... el pueblo quiere!» Lo más extraño es

que aún los mismos que, cuando jóvenes, ó durante una gran parte de su vida, conocieron el Municipio, ó el verdadero pueblo, cuando hablan de esto se olvidan de lo que antes vieron, ó bien imaginan, ¡ilusión engañosa! que todo se ha transformado en diez años; ó se figuran que ellos mismos, con el solo hecho de abandonar la aldea, han variado todas las cosas, como soles que, saliéndose de sus órbitas, arrastrasen en pos de sí todo el sistema planetario.»

Pero eran muy especialmente amenos y entretenidos sus discursos cuando cogía por su banda á los personajes del pueblo. Entonces nadie le interrumpía y á todos pasaba revista. Afirmaba, por ejemplo, que él conocía la borrachera del alcalde, por la costumbre que el tal tenía, cuando estaba borracho perdido, de pararse á una distancia de cinco ó seis pasos de las personas, y hablar así con ellas como un parlamentario suspicaz, para que no oliesen el vaho de la cantina. Las tentaciones amorosas brotaban siempre de su estómago repleto. Había estado mucho tiempo enfadado con la maestra señora Pezza, porque un día, después de una comida alegre, acometido del antojo de visitar las escuelas de niñas, como penetrase de improviso en la clase, con su gorro, sus zapatillas y su pipa, habíase lanzado sobre él, ladrando de una manera horrible, el perrillo de la maestra, y todas las muchachas habían soltado tal carcajada, que le había obligado á retirarse, aturdido y confuso. Habíase vengado mucho tiempo después con una negativa oficial á la señorita, que solicitaba leña para caldear la escuela, y aduciendo para fundar la negativa, entre otras varias, la siguiente razón: «Tanto más, cuanto que durante el verano próximo pasado la maestra no ha servido bien al Municipio, por lo cual algunas discípulas no han aprendido á hacer bien las camisas.» Tampoco era mal tipo el asesor licorista, orgulloso con su parecido á Víctor Manuel y apasionado por las iluminaciones; este asesor, dos años antes, en el día de la fiesta nacional, había escrito de su puño y letra en una «oriflama» tricolor: «¡Viva el astatuto!» y en una carta violentísima dirigida á él (á Samis), había firmado, en la agitación de su ira, en vez de José,

«Gosé».—Me hace reír, prosiguió diciendo el abogado, el periódico «Correo de los Alpes», que la emprende contra los maestros elementales porque ha conocido uno que escribía «falzo», en lugar de falso. Pero á tal pueblo, cual escuela. ¿Quieren que florezcan rosas en los arenales? Es muy natural que haya maestros «falzos» desde que hay asesores «Gosés».—¡Pobre asesor! Cuando estuvo ejerciendo funciones de alcalde, había vivido preocupado durante una semana porque en un articulejo de «El Pueblo» habían dicho que el municipio de Altarana era un Municipio «acéfalo»; una palabra misteriosa, que como él no poseía Diccionarios y no se atrevía á preguntar á nadie qué significaba «acéfalo», parecía que debía de envolver alguna injuria atroz, de esas que solamente se lavan con sangre.—Pues ¿y el superintendente, con aquella bala de cañón en el pescuezo? Es un precioso original del hablador ignorante que sale de cualquier mal paso tosiendo. Cuando se le pide un informe delicado ó se le propone un problema difícil, se concentra, y después abre la boca; creen ustedes que es para dar salida á una noticia interesante ó á una sentencia profunda; pues, no, señor; es para escupir. ¡Pero es un gran polemista!—Recordaba el abogado que se había originado, hacía ya algún tiempo, una polémica de lo siguiente: que en el periódico acusaron á la Junta de haber presentado al Municipio una cuenta de diez y ocho litros de «vermout», diciendo que habían sido distribuidos á la banda municipal y á los predicadores en el día de la fiesta del pueblo, cuando se sabía que en esos diez y ocho estaban comprendidos los que de cuando en cuando bebían los asesores en el banco de sus colegas. Pues bien; á la pública calumnia había replicado el superintendente, mejor dicho, había hecho replicar al maestro, señor Calvi, nada menos que con un artículo de una columna larguísima del mismo periódico, artículo en cuya terminación había puesto él, de su puño y letra y sacado de su propia cabeza, á modo de golpe de gracia, dos solas palabras en latín, que nadie sabía cómo flotaban en su mollera: «Intelligenti pauca.»

## LA MAESTRA NUEVA

Este agradable amigo partió del pueblo, con toda la colonia veraniega, á mediados de Septiembre, y tornó el maestro de mala gana á su vida solitaria y monótona. Duró poco. Una noche de los días últimos del mes, después de una comida algo más que parca, estaba Emilio de sobremesa con el secretario escuchando el ruido de la lluvia, cuando oyeron el rodar de un carruaje que se paró delante de la puerta de su casa, y un momento después entró la doméstica muy apresuradamente á decir que había llegado la maestra nueva, que debía ocupar la habitacioncita de la señora Pezza, en el piso primero. El secretario corrió á verla. Emilio no juzgó delicado manifestar la curiosidad que, sin embargo, lo punzaba. Pasados algunos minutos, reapareció el secretario. No demostraba gran entusiasmo.

—¿Qué hay?—le preguntó el joven.—¿Y aquella hermosísima boca?

—Me la había figurado mejor—respondió volviendo á sentarse.

Continuó diciendo que era una chica muy simpática, más baja que alta, de no mal aspecto, pero nada más: llevaba con ella á su padre, un viejecillo medio paralítico que se fatigaba mucho subiendo las escaleras, aún apoyándose en su hija.

—¡Pobre hombre!—dijo con acento compasivo;—me parece que tiene trazas de haber sido antiguamente secretario de Ayuntamiento. Nosotros acabamos siempre de esa manera.

No bien se hubo levantado al día siguiente el maes-

tro, corrió á la ventana del patio y miró por la abertura de las vidrieras hacia la entrada del terradillo. Allí estaba la maestra colgando ropa en una cuerda tendida á lo largo de la pared. Escapósele de pronto una exclamación:

—¡Si parece la mujer del médico!

Estaba lo menos á ocho pasos de distancia de ella; podía observarla bien, detrás de los cristales, sin ser visto. La maestra se presentaba de perfil. La encontró un poco pequeña; pero tenía hermosos cabellos castaños, resplandecientes y sedosos. No era bonita, pero sí muy blanca; tenía las manos pequeñísimas y un talle que, cuando la joven levantaba sus brazos, se prolongaba con la vivacidad de un busto infantil, mostrando la plenitud de un seno bien desarrollado. Su parecido con la mujer del médico era, en efecto, singular; pero la muchacha tenía facciones más finas. Inclínose para recoger un pañuelo, se asomó para mirar al patio; en todos sus movimientos había juntamente gracia y compostura; su semblante era serio y expresaba como una habitual tristeza; pero bajo aquellos ojos, un poco tristes, bajo aquella nariz, acaso excesivamente afilada, como la de una convaleciente, aparecía una boca tan pequeña, tan linda, tan dulce, tan bondadosa, que la atención del joven quedó fija allí, como si allí hubiese una tercera mirada que decía mucho más y revelaba con más franqueza el pensamiento de la muchacha que las dos de la frente.

La aparición de la maestra nueva no produjo en Altarana gran efecto. Sus manos diminutas y delicadas no eran de las que llaman la atención en un pueblo. Pero todos echaron de ver el parecido de la joven con la mujer del médico; ésta, sin embargo, tenía más animación, era más alegre, de mejor color y poseía unos ojos con los que ningunos otros podían compararse. Desagradó su modo de vestir poco cuidadoso, casi desaliñado; no honraba al pueblo. También desagradó la noticia de que, fuera de su retribución, no tenía un céntimo, y que sostenía á su padre, aquel viejo medio moribundo.—Ambos juntos, decían, tienen todo el aire de la familia de los «Menesterosos». El padre salió solamente una vez en la primera semana,

apoyándose con la una mano en su bastón, y en el brazo de su hija con la otra; con la cabeza trémula y á paso de tortuga, y todo el que los vió, habló de ellos casi con disgusto, como de un espectáculo que entristece. La mujer del maestro señor Calvi dió forma, en una sola palabra, al sentimiento común. Habiendo preguntado á una amiga suya, delante del café, si había visto ya á la «probe»—quiso decir la pobre,—este calificativo fué repetido por varios y quedó, en cierto círculo de conocidos, como apodo de la maestra nueva. El alcalde, á juzgar por su cara, parecía no estar nada satisfecho.

Abriéronse las escuelas. El maestro advirtió que con el comienzo de las lecciones tomaba su vecina más bríos, que iba perdiendo, de un día para otro, aquella ligera nota de tristeza que se echaba de ver en ella al principio. No bien se despertaba Emilio, ya oía los pasos de la vecina en el terradillo. En su casa tenía que hacerlo todo ella. Muy á menudo, antes de la hora de clase, ya había vuelto de la compra. Por las noches se veía luz en su cuarto hasta muy tarde. Ratti comenzó á cruzar alguna palabra con la joven desde su ventana. Tenía la maestra la voz un poquito velada; hablaba italiano recalcando tal vez demasiado las sílabas, como si explicase á sus discípulas el significado de las palabras, prolongaba la *e*, pronunciaba la primera *n* de las *enes* dobles como los de Turín, con un sonido algo ronco y nasal que desagradaba; pero los movimientos de la boca modificaban el efecto desagradable de los sonidos. Poseía, en efecto, una boca preciosa, que al hablar parecía como si besase el aire á cada palabra, y ofrecía al ánimo la imagen de una flor que continuamente se abriese al contacto de un rayo de sol, se cerrara al soplo del frío y temblase bajo el aguijón de una abeja. El maestro perdía alguna vez, oyéndola, el hilo de la conversación por pensar únicamente en ver de qué modo salía de su boca, y experimentaba un placer, siempre nuevo, como si aquellos labios tuviesen una caricia particular para cada palabra. Pero las simpatías nacieron muy pronto de un manantial todavía más íntimo: el de un sentimiento, que en uno y otro era

vivísimo. Expresaba la maestra á su vecino todos los días, al paso, ciertas observaciones, ya tristes, ya alegres, que estaba haciendo sobre el carácter de las alumnas. Cierta noche en que parecía algo preocupada, mientras cepillaba un vestido, le dijo que lo que principalmente la entristecía, al principio de un año escolar, era la primera «picardía» de las muchachas; el primer acto que una de ellas cometía, en que se revelaba un espíritu avieso, y como un enemigo, contra el que debía estar apercebida para pelear todo el año.

—Fuera de esto—dijo,—con tener siete ú ocho buenas, me basta. Un rasgo bondadoso de una discípula me compensa de las travesuras de doce. Me gustan los niños. Hemos experimentado desgracias de familia; todos hemos tenido ocasión de poner el mundo á prueba, lo cual equivale á perder muchos sentimientos buenos; además, es sabido que con sólo vivir se pierde uno cada día; pues bien, el único, el solo que he conservado siempre, aparte del cariño á mi pobre padre, el que siento que no amenguará nunca, es el cariño á la infancia; y si algunos otros vuelven á mi espíritu, vuelven siempre por conducto de éste. Así, cuanto más conocimiento adquiero de las gentes, cuanto con mayor frecuencia hallo madres egoístas, padres bárbaros, familias malas ó escandalosas, tanto más crece en mí el amor á los niños, pensando en qué manos están la mayor parte, qué cosas padecen y qué otras habrán de padecer aún, y cuántos entre ellos llegarán á ser malos y serán infelices sin culpa suya. Ve usted: es un cariño éste que se sobrepone á cualquier desengaño, y hasta á cualquier acción, por iniqua que sea, que sus padres hagan conmigo; en fin, es un instinto, como el del apego á la existencia. Los niños para mí son ¿cómo diré? la gracia, la poesía del mundo; hasta tal punto, que si ellos desaparecieran, si los hombres—para decir una extravagancia—naciesen, desde ahora en adelante, hombres ya hechos, me parece que en muy pocos años se convertirían en bestias feroces y se destrozarian unos á otros. He sentido algunas cosas desde muchacha. Por ejemplo, la idea de la división de la sociedad en pobres y ricos sólo me apena cuando pienso en la infancia. No

aborrezco á mis semejantes sino cuando pienso que por culpa de millones de grandes van desnudos y padecen hambre millones de pequeños. La forma más repugnante de la maldad es para mí la que se manifiesta en perjuicio de los niños. Por esta razón me parece que los monstruos más horribles de la tierra son las madres sin entrañas. Vi en cierta ocasión á una mujer embriagada caer al suelo con su niño en brazos; el niño se hirió en la cabeza. ¿Puede usted creer esto? Este recuerdo es un tormento de mi vida. Siempre que me lo represento, me arranca una maldición.

Pareció á Emilio que estaba oyendo exactamente lo que en el fondo de su alma pensaba, reproducido con tal fidelidad, que se quedó maravillado, como si la joven repitiera entonces cosas que le hubiera oído decir.

Otra noche le dijo que había ido á ver el Asilo infantil del pueblo y que aún estaba conmovida. La vista de muchos niños reunidos producía en ella el mismo efecto que una música de iglesia; despertaba en su espíritu mil ideas bellas y tristes, que la emocionaban hasta hacerla llorar. En tales momentos pareciale que daría gustosa su sangre para asegurar la felicidad de todas aquellas criaturas.—Después, continuó diciendo, acompañe á todos hasta sus casas con la imaginación, y entonces siento por ellos una lástima que me sofoca, pensando que les esperan viviendas frías, camitas sin abrigo, alimentos escasos y malos, padres de mal humor ó desnaturalizados, que á veces los pegan ó los dejan morir sin llamar al médico. ¡Por qué pegan hasta á los niños de dos años! ¿Comprende usted cómo se pueda pegar á un niño? Ahí ve usted una idea que me enciende la sangre. Pegar á un niño... para mí es como verlo morir. ¡Y pensar que hay quienes los pegan hasta hacerlos enfermar! ¡A los propios hijos! Cuando pienso en esto, daría yo gritos desesperados. ¡Y esto se ve todos los días y se tolera! ¡Qué ignominia! La caridad humana debería consagrarse por completo á la infancia; para todo el resto de la humanidad, hacer lo que fuese posible, pero ante todo los niños; que no se vieran

ciertas miserias y ciertos horrores; que hubiese en la sociedad encargados de perseguir á los padres crueles como á perros rabiosos; que las madres sin corazón, pobres ó ricas, fuesen azotadas por las calles. ¡Oh! ¡Es una infamia! ¡Es una infamia!

Expresaba la joven tan bien los sentimientos de Emilio, que éste no intervenía en la conversación para dejarla continuar. Era ya casi completamente de noche; la voz de la maestra salía como de una sombra.

—¿Castigan á los que hacen billetes falsos, no es cierto? Yo me pregunto siempre por qué no son castigados también los padres que lanzan á la sociedad hijos bribones. Muchos de éstos hay á quienes han hecho ser malos por fuerza; familias que son verdaderas fábricas de malhechores, de mujeres y de hombres sin afectos, desalmados y vengativos. Por esta razón en la escuela suelo perdonar algunas cosas. Vea usted, así perdono también á un hombre cien crímenes por un acto de ternura hacia un niño. Cuando un picaro es capaz de esto, lo prefiero mil veces á tantos hombres honrados que no vierten una lágrima ante la cuna de un pequeñuelo suyo muerto. En ocasiones estoy triste, irritada contra el mundo: veo por la calle un hombre del pueblo, rudo, tosco, de manos negras, que lleva en brazos á su chiquillo, y lo contempla y lo acaricia, con los ojos húmedos; pues bien, esto me tranquiliza para todo el día; torno á casa con mejor opinión del género humano. ¿Pero de qué sirve? ¡Se ve tanto más de malo que de bueno! ¡Cuando se piensa que hay padres, aún entre personas ricas, que mortifican á un niño porque es feo ó está enfermizo, y prefieren á otro que está sanote y bien formado! Tuve yo dos discípulas hermanas, de las cuales una iba á la escuela vestida de señorita, siempre con dulces en el bolsillo y la otra compuesta como una pobre, con señales de haber sido golpeada. ¡Calcule usted, en mi escuela! ¡Delante de mí! Y eran de lo principalito del pueblo. ¡Les di un escándalo! Baste decir que me despidieron por eso. Sin embargo, que no vea yo aquí nada parecido; que no me envíen á clase víctimas que no coman lo necesario, y que lleven acardenaladas sus carnes, porque entonces no hay fuerza en el mun-

do que me intimide; voy derecha á casa de los padres, aunque necesite andar diez millas por la montaña, aunque fuesen ciento, aunque supiera que había de costarme la vida, los llamo verdugos é infames; ¡tan verdad como hay un Dios que me oye!

Las últimas palabras de la joven brotaron de sus labios con tal fuego, que Emilio sintió una profunda sacudida, y exclamó:

—¡Ah! ¡Muy bien, señorita! ¡Muy bien!... También yo he pensado así siempre; pero para decirlo de esa manera es necesario tener el alma que usted tiene.

—¡Justamente!—respondió la maestra con voz un tanto burlona, en que aún se advertía la emoción; se necesita mi charla, debería usted decir... Me voy corriendo, que hace frío. Muy buenas noches, señor Ratti.

Dejó á Emilio con el eco de su propio apellido en el tímpano; un apellido que tenía entonces un no sé qué de nuevo, y que le parecía hasta hermozeado. Desde aquella noche el joven experimentaba cierto empuje para dirigir la palabra á su vecina; una preocupación de amor propio que le obligaba á buscar de antemano las primeras frases que debía decirle, para poner en ellas algo que saliese de lo vulgar, de lo acostumbrado. Vió con enojo caer las primeras nieves, que hacían imposibles las conversaciones largas en el terradillo. Intentó entablar algún diálogo con la joven á la entrada y á la salida de las clases; pero sólo había tiempo para cruzar dos palabras. También en alguna ocasión hallaba ocupado el puesto por el maestro señor Calvi que, juzgándola muchacha discreta y de talento bastante para comprender las ideas didácticas atrevidas, procuraba convencerla de la bondad de sus proyectos. Empezaba á notar, entre tanto, que á la indiferencia con que se la había mirado á su llegada por los principales del pueblo, substituía poco á poco una curiosidad muy próxima á la simpatía, como si de día en día fuesen descubriendo lo que la joven tenía de amable y de graciosa. También le sucedía eso á Emilio; por la simpatía que la maestra nueva le inspiraba, habría él celebrado que anduviese la joven mejor vestida para hacerse valer, y que hu-

biesen podido todos, sin intimar mucho con ella, conocer su alma, como él la conocía. La maestra se hacía por sí misma los vestidos, y tenían todos un defecto de corte en el talle, á consecuencia del cual se le formaban bolsas entre el cuello y la espalda; llevaba un abrigo de paño oscuro que la hacía parecer demasiado gruesa, y no se ponía bien el sombrero, que llevaba siempre muy caído hacia la frente y le ocultaba los cabellos. Solamente la boca aparecía en toda su graciosa belleza. No tardó el maestro en saber que otros lo habían notado del mismo modo, y que también cierta noche lo habían hecho tema de sus conversaciones en el café, el poeta, el recaudador de contribuciones y el médico, sazónándolas con groseros comentarios.

Supo, asimismo, con más disgusto aún, que el alcalde había ido dos veces en una semana á visitar la escuela de niñas. Lo preguntó á la maestra, y ella sonriendo le respondió que sí, y agregó, por su cuenta, que le parecía que el alcalde se tomaba mucho interés por las escuelas; pero Emilio comprendió en el semblante de la maestra que en aquellas dos visitas el alcalde había procedido con los debidos miramientos, solamente para explorar el terreno, y que la maestra no debía de haber concebido sospecha alguna. Otro día la maestra le dijo que había sabido con disgusto que el cura estaba enojado con ella, porque así que hubo llegado no corrió á inscribirse entre las hijas de María; ahora creía la joven que era demasiado tarde para hacerlo, porque el acto no parecería espontáneo; se hallaba perpleja. Todas las mañanas, asomándose al terradillo, le contaba en pocas palabras las novedades menudas del día anterior.—Ayer tarde, le dijo una mañana, vino á visitarme el señor Calvi para explicarme un método nuevo de enseñar aritmética sin escribir. Para hablar con franqueza, no he quedado convencida. Pero el buen señor, por su parte, está tan convencido, que le he escuchado con gusto. La noticia no agradó á Emilio.

—A mí—dijo á la joven,—no me ha dicho usted nunca que la visite.

—¡Ah! pero es distinto,—respondió la maestra rién-

dose.—En primer lugar, el señor Calvi me ha visitado, sin que yo se lo diga; además, es casado y tiene cincuenta años... Y en realidad, si á usted no se lo he dicho, es solamente porque temo que la compañía de mi padre le entristezca: á duras penas puede hablar; ¡pobre viejo! Está peor cada vez; venga usted á casa,—dijo después;—nos hará favor.

Pero aquella invitación no pareció bastante al joven, y consideró conveniente esperar otra.

Como cierta noche no se hubiese visto, según costumbre, luz en el cuarto de la maestra, al día siguiente la preguntó Emilio si había salido.

Había salido, efectivamente, á visitar á la madre del pretor; esa señora había estado dos veces en la escuela para informarse de una protegida suya, y había insistido tanto para que alguna noche fuese á su casa á verla, que no había tenido más remedio que ir, y aún la había obligado á prometer que volvería.

Otra noche preguntó á Emilio la maestra, muy de prisa:

—¿Usted presume qué puede tener conmigo la señora de Calvi, que al encontrarme me mira de mala manera?

Y cuando el maestro le dijo que debía de estar celosa de las confidencias didácticas de su marido, se encogió de hombros sonriendo.

Por último, una tarde le anunció la maestra una verdadera novedad. Aquella mañana había ido á visitar su clase la mujer del médico, nombrada inspectora al comenzar el año académico.

Emilio presintió en seguida, sin darse cuenta de la razón, que la entrevista no debía de haber sido cordial del todo.

—«Es una señora muy guapa»—dijo la maestra, aunque de un modo que dejaba adivinar que había echado de ver la semejanza, y que por eso se consideraba obligada á emplear cierta reserva en el elogio de su hermosura.—¡Venía vestida con un lujo! Excesivo casi, me atrevería á decir, para visitar una escuela de pobres montañesas. Ha examinado las labores de aguja; se ve que lo entiende. Pero me ha parecido un poco

severa, un poco... casi áspera. En media hora no me habrá dirigido veinte palabras.

No sabía la joven que la inspectora había hablado poco porque estaba distraída en un soliloquio mudo, que solamente le permitía dirigir ligerísimas observaciones.

—¡El asno de mi marido, que tiene el descaro de decir que parecemos hermanas gemelas! ¡Vaya una gracia! Es preciso tener los ojos y la delicadeza de un marido para dirigir tales cumplimientos á una señora.—Aquí se han escapado algunas mallas, niña. Tiene la frente baja y las mejillas hundidas.—¿Quiere usted enseñarme esas camisas?—¿Pues y ese imbecil de pretor, con la dichosa boca!—¡Cuidado con este corte, señora maestra! ¡Pero, señor, si parece que le han metido en un costal!

#### LOS PRIMEROS RELÁMPAGOS

Pero á Emilio no le parecía ya lo mismo. Había llegado, con respecto á la maestra, á ese grado de simpatía en cuya virtud la mujer amada se acuesta cada noche con un defecto menos y se levanta cada día con una gracia más. Ya no echaba de ver las letras dobles, demasiado recalçadas, ni las *e* excesivamente largas, ni advertía lo afilado de la nariz; parecía que la joven había aumentado de estatura, que su boca era todavía más pequeña y más dulce que antes, y ninguna voz, por límpida que fuera, sonaba tan grata en sus oídos como la voz velada de la maestra. Principió á esperar impacientemente en la escuela la terminación de las clases, para verla á la salida, y tomó la costumbre de suspender su explicación siempre que le parecía oír en el piso de arriba el sonido ligeramente ronco de su voz. Alguna vez, á pesar del frío, se asomaba por la mañanita temprano á la ventana del terradillo; la maestra, aún despeinada y con peinador, saludaba á su vecino con una sonrisa y un movimiento de su mano diminuta. Aquella mañana Emilio iba á la escuela alegre, predispuesto á la indulgencia, inclinado á bromear con sus discípulos como en los primeros tiempos. Pronto comprendió que de esa manera su método de reserva y de autoridad comenzaba á debilitarse, de suerte que hubo de realizar un esfuerzo grande para ponerlo nuevamente en todo vigor. Pero, aún á pesar suyo, la ardiente simpatía que la vecina le inspiraba influía en todos sus sentimientos, en todas sus ideas; infiltrábase en el